

FUENTES

APOTEGMAS DE LOS PADRES²⁵⁷

Letra Pi (continuación)

ABBA PISTAMÓN

1. Interrogó un hermano a abba Pistamón diciendo: “¿Qué he de hacer, pues me aflijo a causa de la venta de mis trabajos?”. Le respondió el anciano: “También abba Sisoos y los demás vendían el trabajo de sus manos; esto no es peligroso. Mas cuando vendas, di una sola vez el precio de cada objeto, si quieres rebajar algo el precio es cosa tuya. De esta manera encontrarás el descanso”. Díjole después el hermano: “Si de otro modo obtengo lo necesario para mí, ¿quieres que me preocupe todavía por el trabajo manual?”. Y el anciano le respondió: “Aunque tengas lo suficiente no abandones el trabajo manual. Trabaja cuanto puedas, pero que sea sin turbación”.

ABBA PEDRO PIONITA

1. Decían acerca de abba Pedro Pionita, de las Celdas, que jamás bebía vino. Cuando era anciano, los hermanos le prepararon un poco de vino mezclado con agua, y le rogaban que lo bebiese. Él les dijo: “Creedme, esto es para mí como un vino aromatizado”. Y se juzgaba a sí mismo por la bebida.

2. Dijo un hermano a abba Pedro, el discípulo de abba Lot: “Cuando estoy en mi celda, mi alma está en paz; mas si llega un hermano y me habla de las cosas exteriores, mi alma se turba”. Le dijo abba Pedro que abba Lot decía: “Tu llave abre mi puerta”. Preguntó el hermano al anciano: “¿Qué significa esa palabra?”. El anciano respondió: “¿Cuando alguien viene a tí le dices: ¿cómo estás? ¿de dónde vienes? ¿cómo están los hermanos? ¿te han recibido o no? y después le abres la puerta al hermano, y oyes lo que no quieres?”. El hermano respondió: “Así es. ¿Qué debe hacer el hombre si viene a verlo un hermano?”. El anciano le respondió: “La compunción es la enseñanza absoluta. Donde no hay compunción no puede uno guardarse”. Dijo el hermano: “Mientras estoy en la celda, está conmigo la compunción; pero si alguien viene a mí o si salgo de la celda, ya no la encuentro”. Le dijo el anciano: “Es porque no se te dio en propiedad, sino en uso. Está escrito en la Ley: Cuando compres un esclavo hebreo te servirá durante seis años, mas al séptimo lo dejarás libre. Si le das mujer para que se case, y tuviere hijos en tu casa, y no quiere alejarse por causa de su mujer e hijos, llévalo a la puerta de la casa, y le perforarás una oreja, y será esclavo para siempre (Ex 21,2. 4-6)”. El hermano preguntó: “¿Qué significa esa palabra?”. Le respondió el anciano: “Si el hombre se esfuerza en algo, según sus posibilidades, cada vez que lo necesite lo hallará”. Dijo el hermano “Hazme la caridad de explicarme esta palabra”. El anciano le contestó: “Ni el hijo desnaturalizado permanece en el servicio, ni el hijo legítimo abandona a su padre”.

3. Decían acerca de abba Pedro y abba Epímaco, que eran compañeros en Raitu, que una vez, mientras comían en la iglesia, los quisieron llevar a la mesa de los ancianos. Con mucha

²⁵⁷ Traducción de Martín de Elizalde, osb. Abadía de S, Benito (Luján, Buenos Aires, Argentina).

Se han publicado hasta ahora:

Antonio-Arsenio, *CuadMon X*, 1975, n° 33-34, pp. 235-249.

Agatón Teodora, *CuadMon XII*, 1977, n°40, pp. 83-119.

Juan Colobos-Macario, *CuadMon XII*, 1977, n° 41, pp. 217-246.

Moisés-Pastor (10), *CuadMon XII*, 1977, n° 43, pp. 483-498.

Pastor (11)-Pitirión, *CuadMon XIV*, 1979, n° 50, pp. 225-247.

dificultad fue abba Pedro, solo. Cuando se levantaron, abba Epímaco le dijo: “¿Cómo has osado ir a la mesa de los ancianos?”. El respondió: “Si me hubiese sentado con vosotros, los hermanos me hubieran rogado que bendijese primero, como más anciano, y estaría como el mayor de entre vosotros. Mas al ir con los Padres era el menor de todos, y el más humilde en el pensamiento”.

4. Dijo abba Pedro: “No hay que enorgullecerse si el Señor hace algo por nuestro medio, sino más bien dar gracias por haber sido encontrados dignos de su llamado”. Decía que conviene pensar de este modo en toda virtud.

ABBA PAFNUCIO

1. Dijo abba Pafnucio: “Iba yo una vez de camino, y me perdí a causa de la niebla, y fui a dar cerca de una aldea. Vi allí a unos que vivían de modo inconveniente, y entonces me detuve y oré por mis pecados. Se presentó un ángel, armado con una espada, y me dijo: Pafnucio, todos los que juzgan a sus hermanos mueren con esta espada. Tú, empero, no has juzgado, sino que te humillaste delante de Dios, como si hubieras pecado; por eso tu nombre está escrito en el libro de la vida”.

2. Decían acerca de abba Pafnucio que no bebía vino fácilmente. Yendo una vez de camino se encontró con una banda de ladrones, y éstos estaban bebiendo vino. El jefe de los ladrones lo conocía, y sabía que no bebía vino. Al verlo muy fatigado, tomó una copa de vino y, espada en mano, dijo al anciano: “Si no bebes, te mato”. Conoció el anciano que era voluntad de Dios que lo hiciese, y queriendo ganarse al hombre, tomó la copa y bebió. El jefe de los ladrones se inclinó ante él diciendo: “Perdóname, abba, porque te he apenado”. Y el anciano le respondió: “Confío en Dios que por esta bebida te harán misericordia en esta vida y en la futura”. El brigante dijo: “Confío en Dios que, a partir de este momento, no volveré a obrar mal”. Y el anciano se ganó a toda la banda, renunciando por Dios a su voluntad propia.

3. Dijo abba Pastor que abba Pafnucio había dicho: “Mientras vivieron los ancianos fui a verlos dos veces por mes, aunque yo residía a una distancia de doce millas, y les decía todos los pensamientos, y ellos no me respondían más que esto: A cualquier lugar que vayas, no te midas, y tendrás el descanso”.

4. Con abba Pafnucio vivía en Escete un hermano, el cual era tentado de fornicación, y decía: “Aunque tomase diez mujeres, no saciaría mi deseo”. El anciano lo exhortaba con estas palabras: “No, hijo, es un ataque de los demonios”. Pero no quiso escucharlo, y se marchó a Egipto y se casó. Después de un tiempo, el anciano tuvo que subir a Egipto y se cruzó con él, que llevaba cestos de conchas. El anciano no lo reconoció, pero el otro le dijo: “Yo soy aquel discípulo tuyo” Cuando el anciano lo vio en ese estado de indignidad, lloró y dijo: “¿Cómo abandonaste aquel honor y viniste al deshonor presente? ¿Has tomado verdaderamente diez mujeres?”. Él respondió gimiendo: “He tomado solo una, y padezco mucho para darle su pan”. El anciano le dijo: “Vuelve con nosotros”. Él contestó: “¿Hay penitencia, abba?”. El anciano dijo: “Sí”. Y dejando todo lo siguió y volvió a Escete, y por esta tentación se convirtió en un monje probado.

5. A un hermano que vivía en el desierto de la Tebaida le vino un pensamiento que le decía: “¿Por qué estás sentado sin dar fruto? Levántate, ve al cenobio y allí darás fruto”. Se levantó y fue adonde estaba abba Pafnucio, y le relató el pensamiento. El anciano le dijo: “Ve, siéntate en tu celda, y haz una oración por la mañana, otra por la tarde y otra por la noche. Cuando tengas hambre, come; cuando tengas sed, bebe; cuando tengas sueño, duerme; y permanece en el desierto y no obedezcas a este pensamiento”. Fue después a ver a abba Juan, y le contó las palabras que le había dicho abba Pafnucio. Respondió abba Juan: “No hagas ninguna oración con tal que permanezcas en tu celda”. Levantándose, se dirigió el hermano adonde estaba abba Arsenio, a quien refirió todo. El anciano le dijo: “Haz lo que te dijeron los Padres. Yo nada tengo que decirte fuera de ello”. Y se marchó satisfecho.

6. Amma Sara mandó decir a abba Pafnucio: “¿Acaso haces la obra de Dios permitiendo que tu hermano sea despreciado?”. Y le respondió abba Pafnucio: “Pafnucio está aquí para hacer la obra de Dios, y nada tiene que ver con persona alguna

ABBA PABLO

1. Un Padre contó acerca de cierto abba Pablo, que era del Bajo Egipto pero vivía en la Tebaida, que tomaba en sus manos los escorpiones y las serpientes, y los partía por el medio. Los hermanos, postrándose ante él, le rogaron: “Dinos con qué haces esto, para obtener nosotros igual gracia”. El respondió: “Perdonadme, Padres, pero si uno alcanza la pureza, todo le será sometido como lo fue a Adán cuando estaba en el paraíso, antes que transgrediera la ley”.

ABBA PABLO EL COSMETA

1. Abba Pablo el cosmeta y Timoteo su hermano vivían en Escete, y muchas veces nacían disputas entre ellos. Dijo abba Pablo: “¿Hasta cuando hemos de seguir así?”. Le respondió abba Timoteo: “Ten caridad, sopórtame cuando te molesto, cuando tu me molestes, yo te soportaré”. Y obrando de este modo tuvieron tranquilidad por el resto de sus días.

2. El mismo abba Pablo y Timoteo eran cosmetas (peluqueros, tal vez N. del T.) en Escete, y los hermanos los molestaban. Dijo Timoteo a su hermano: “¿Por qué seguimos en este oficio? No nos dejan en paz en todo el día”. Y respondió abba Pablo diciéndole: “Nos basta la calma (*hesiquía*) de la noche, si vela el alma”.

ABBA PABLO EL GRANDE

1. Dijo abba Pablo el grande, de Galacia: “El monje que tiene en su celda los pequeños objetos que necesita, y sale para ocuparse, es burlado por los demonios; yo mismo, en efecto, lo he sufrido”.

2. Dijo abba Pablo: “Estoy hundido en el fango hasta el cuello, y lloro en la presencia de Dios diciendo: Ten piedad de mí.

3. Decían acerca de abba Pablo que pasó la Cuaresma con una porción de lentejas y una vasija de agua, y con una sola estera que tejía y destejía, y así estuvo recluido hasta la fiesta (de Pascua).

4. Dijo abba Pablo: “Sigue a Jesús”.

ABBA PABLO EL SIMPLE

1. El bienaventurado abba Pablo el simple, discípulo de San Antonio, contaba a los Padres este suceso: fue una vez a un monasterio para visitar y edificar a los hermanos, y después del acostumbrado coloquio, entraron en la santa iglesia de Dios para la *sinaxis* habitual. El bienaventurado Pablo observaba a los que entraban a la iglesia, para ver con qué espíritu se acercaban a la *sinaxis*, pues había recibido del Señor la gracia de ver cómo estaba cada cual en su alma, así como nosotros nos vemos los rostros. Entraron todos con los ojos luminosos y el rostro brillante, y el ángel de cada uno estaba alegre por él. Y dijo: “Mas vi a un negro, con el cuerpo totalmente oscurecido y con demonios a su lado, que lo agarraban y lo atraían hacia ellos y le ponían una argolla en la nariz; su santo ángel lo seguía de lejos, triste y abatido”. Entonces Pablo se puso a llorar, golpeándose el pecho con la mano, y se sentó delante de la iglesia, llorando amargamente por el que había visto de esa manera. Los hermanos, advirtiendo el extraño comportamiento del anciano, el súbito cambio a las lágrimas y la compunción, le pidieron insistentemente que les dijera por qué lloraba, pues pensaban que lo hacía por una falta

común. Le pedían también que entrara con ellos a la *sinaxis*. Pero rechazándolos, Pablo permaneció sentado fuera, lamentándose por el que había visto en ese estado. Poco tiempo después, concluida la *sinaxis*, mientras salían todos, miraba otra vez Pablo a cada uno para saber cómo salían. Y vio al hermano aquel, el mismo que tenía antes el cuerpo totalmente ennegrecido y tenebroso, que salía de la iglesia con el rostro luminoso, el cuerpo resplandeciente, y seguido de lejos por los demonios, mientras su santo ángel estaba cerca suyo y se alegraba mucho por él. Pablo entonces exultó de gozo, y se puso a gritar bendiciendo a Dios: “¡Inefable filantropía y bondad de Dios!”. Corrió, y subiéndose a un lugar elevado dijo con voz fuerte: “¡Venid y ved las obras de Dios, cuan temibles y admirables! (*Sal* 45,9). ¡Venid y ved a Aquel que quiere salvar a todos los hombres y que lleguen al conocimiento de la verdad! (*1 Tm* 2,4). ¡Venid, adoremos y postrémonos ante Él! (*Sal* 94,6), y digamos: Sólo Tú puedes quitar los pecados”. Acudieron todos rápidamente para oír lo que decía, y cuando estuvieron reunidos, relató Pablo lo que había visto antes de que entraran a la iglesia y lo que vio después, y pidió al hermano aquel que dijera la razón del cambio tan grande que Dios había obrado súbitamente en él. El hombre señalado por Pablo dijo, en presencia de todos, acerca de sí:

“Yo soy un hombre pecador, que hasta ahora y desde hace mucho tiempo me he revolcado en la fornicación. Pero hoy, al entrar en la santa iglesia de Dios, escuché la lectura del santo profeta Isaías, o mejor de Dios que habla por él: Lavaos, purifícaos, alejad las maldades de vuestro corazón delante de mis ojos, aprended a obrar bien; y aunque vuestros pecados sean como la grana, los blanquearé como la nieve, y si queréis y me escucháis, comeréis lo bueno de la tierra (*Is* 1,16-19). Y yo –continuó el fornicador– conmovido en mi alma por las palabras del profeta, gimiendo en mí interior dije a Dios: Tú eres Dios, y has venido al mundo para salvar a los pecadores; cumple en mí, pecador indigno, esto que has prometido por medio de tu profeta. Desde ahora te prometo, yo me obligo y de corazón te lo juro, que no volveré a cometer ninguna de esas malas acciones, sino que renuncio a toda maldad y desde ahora te he de servir con una conciencia pura. Hoy, oh Señor, y desde esta hora, recíbeme arrepentido y postrado ante Tí, y en lo sucesivo me abstendré de pecar. Habiendo hecho estas promesas –dijo– salí de la iglesia, pensando en mí interior nunca más obrar mal ante Dios”. Al oírlo, los demás clamaron a Dios con una sola voz: “¡Qué grandes son tus obras, Señor! ¡Todo lo hiciste con sabiduría!” (*Sal* 103,24). Oh cristianos, conozcamos entonces por las divinas Escrituras y las santas revelaciones cuanta es la bondad de Dios para con los que acuden a Él sinceramente y corrigen en la penitencia sus faltas pasadas. Conozcamos como da otra vez los bienes prometidos, sin exigir satisfacción por los pecados anteriores, y no desesperemos de nuestra salvación. Como lo ha prometido por el profeta Isaías, lava a los que están envueltos en el lodo del pecado, los blanquea como lana y nieve, y los hace dignos de los bienes de la Jerusalén celestial; también, por el santo profeta Ezequiel nos aseguró con juramento que no nos perderá: “Vivo yo, dice el Señor, no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva” (*Ez* 18,32; 33,11).

ABBA PEDRO DE DIOS

1. Cuando Pedro, presbítero de Dios, oraba junto a otros, si lo obligaban a ponerse al frente a causa del sacerdocio, se retiraba por humildad hacia atrás, diciendo: “Como está escrito en la vida de abba Antonio”. Y haciéndolo así, no entristecía a nadie.

ABBA PALADIO

1. Dijo abba Paladio: “El alma que se esfuerza según Dios, debe aprender fielmente lo que no sabe o enseñar con seguridad lo que sabe. Pero si pudiendo, no quiere hacerlo, está loca. Pues el principio de la apostasía es el desgano por la doctrina y el disgusto por la palabra, de la cual siempre tiene hambre el alma amante de Dios”.

Letra Ro

UN ABBA DE ROMA

1. Un monje llegado de Roma se instaló en Escete junto a la iglesia. Tenía con él un servidor que lo atendía. Al ver el presbítero su debilidad, y conociendo cual había sido su vida, le enviaba lo que precisaba de aquello que venía para la iglesia.

Vivió veinticinco años en Escete, y fue vidente y muy conocido. Uno de los grandes monjes de Egipto, que había oído hablar de él, fue a verlo pensando que encontraría una vida extraordinaria en apariencia corpórea. Entró y lo saludó, y después de orar, se sentaron. Vio el egipcio que el anciano llevaba vestidos delicados, y tenía una cama con una piel y una pequeña almohada. Sus pies estaban limpios, y calzaba sandalias. Al ver esto se escandalizó, ya que en ese lugar no es costumbre vivir de esa manera, sino más bien se practica la aspereza. Supo el anciano, pues era vidente, que se había escandalizado, y le dijo a su servidor: “Prepáranos hoy una fiesta, por este abba”. Tenía allí unas pocas legumbres y las coció, y cuando fue la hora se levantaron y comieron. Tenía también un poco de vino a causa de la debilidad del anciano, y bebieron. Cuando atardeció rezaron doce salmos, y se acostaron, y durante la noche hicieron lo mismo. Por la mañana se levantó el egipcio y le dijo: “Ruega por mí”, y se marchó sin haber sacado provecho alguno. Poco tiempo después de su partida, queriendo el anciano serle útil lo mandó llamar, y cuando llegó lo recibió nuevamente con alegría y lo interrogó, diciéndole: “¿De qué región eres?”. Él respondió: “Soy egipcio”. “¿De qué ciudad?”. Y dijo: “Verdaderamente, no soy de la ciudad”. Le preguntó: “¿Cuál era tu trabajo en la aldea?”. Contestó: “Era guardián”. Le preguntó: “¿Cómo dormías?”. Él dijo: “En el campo”. “¿Tenías –interrogó– un lecho para tu cuerpo?”. Contestó: “No, ¿acaso voy a poner una cama en el campo?”. “¿Cómo dormías, entonces?”. Él dijo: “En tierra”. Otra vez le preguntó: “¿De qué te alimentabas en el campo y qué bebías?”. Respondió: “¿Hay acaso alimento y bebida en el campo?”. “¿Cómo vivías entonces?”. Contestó: “Comía pan duro y la poca sal que encontraba, y bebía agua”. Respondiendo, el anciano le dijo: “Es gran trabajo. ¿Había en la aldea baño para lavarse?”. Contestó: “No, cuando quería hacerlo tenía para eso el río”. Cuando el anciano supo todo esto y conoció la aflicción de su vida anterior, queriendo serle útil, le relató su propio modo de vida en el mundo, diciendo: “Yo, el pobre que aquí ves, soy originario de la gran urbe de Roma, y fui grande en el palacio del Emperador”. Al oír el egipcio el comienzo de sus palabras, cayó en la compunción y escuchó atentamente lo que contaba el anciano. Este siguió diciendo: “Dejé la ciudad, y vine a este desierto. Yo, a quien ves aquí, tuve grandes mansiones y muchas riquezas, y despreciando todo aquello me vine a esta pequeña celda. Tuve, yo, a quien ves, lechos de oro con valiosas mantas, y en lugar de ellos me dio Dios esta cama y la piel; mis vestidos eran muy ricos, y en su lugar uso estas pobres ropas. También en mis comidas había un gasto enorme, y en lugar de él me dio Dios este plato de legumbres y este pequeño vaso de vino. Tenía muchos servidores que me atendían, y en su lugar Dios inspiró a este anciano para que me asistiera. En vez de baño, echo un poco de agua sobre mis pies, y uso sandalias a causa de mi enfermedad. Igualmente en lugar de las músicas y cítaras, digo los doce salmos. Por las noches, por los pecados que cometía, hago con calma mi pequeña liturgia. Te ruego, entonces, abba, que no te escandalices por mi debilidad”. El egipcio, al oír todo esto, volviendo en sí dijo: “¡Pobre de mí, que he venido de las grandes aflicciones del mundo al descanso, donde lo que no tenía entonces, lo tengo ahora! Mas tu has venido del descanso a la aflicción, y de la gloria y la riqueza a la humildad y pobreza”. Se retiró con mucho provecho y se hizo amigo suyo, y muchas veces lo visitaba para edificarse. Era, en efecto, un varón discretísimo y lleno del buen olor del Espíritu Santo.

2. Dijo el mismo que un anciano tenía un buen discípulo. En un acceso de malhumor lo expulsó con su melota, pero el hermano permaneció sentado afuera de la celda. Cuando el anciano abrió, lo encontró sentado, y haciéndole una letanía le dijo: “Padre, la humildad de tu paciencia ha vencido mi estrechez de espíritu. Entra, y desde este momento tu serás el anciano y padre, y yo el joven y discípulo”.

1. Interrogó un hermano a abba Rufo: “¿Qué es la *hesiquía*, y para qué sirve?”. El anciano le respondió: “Es *hesiquía* permanecer en la celda con temor y conocimiento de Dios, absteniéndose del recuerdo de las ofensas y de la elevación del alma. La *hesiquía* es la madre de todas las virtudes, guarda al monje de las flechas ardientes del enemigo y no permite que sea herido por ellas. Así pues, hermano, poséela, recordando tu muerte, pues no sabes a qué hora vendrá el ladrón. En fin, vive atento sobre tu alma”.

2. Dijo abba Rufo: “El que permanece en la obediencia al padre espiritual tiene mayor premio que el que se retira al desierto por propia voluntad”. Refirió también lo que había contado uno de los Padres: “Vi cuatro órdenes en el cielo: el primer orden, el hombre enfermo que da gracias a Dios; el segundo el que practica la hospitalidad y en ella permanece sirviendo; el tercer orden: el que vive en el desierto y no ve hombre alguno; el cuarto orden: el que permanece en la obediencia al padre y se somete a él por el Señor. Y el obediente llevaba un collar de oro y un escudo, y tenía más gloria que los demás. Dije al que me guiaba –contaba él–: ¿Por qué este, que es el menor, tiene más gloria que los demás? El me respondió diciendo: Porque el que practica la hospitalidad, hace su voluntad, y el que se va al desierto, lo hace por su voluntad, mientras que este tiene la obediencia. Habiendo abandonado todas sus voluntades, depende de Dios y de su padre. Recibe por eso mayor gloria que los demás. Es por eso, hijo, que es buena la obediencia que se asume por el Señor. Vosotros habéis recibido, hijos, los primeros elementos de esa virtud. ¡Oh obediencia, que salvas a todos los fieles! ¡Oh obediencia, que engendras todas las virtudes! ¡Oh obediencia, que descubres el reino! ¡Oh obediencia, que abres los cielos y elevas a los hombres sobre la tierra! ¡Oh obediencia, alimento de los santos todos, amamantados por ella y por ella misma hechos perfectos! ¡Oh obediencia, compañera de los ángeles!”.

ABBA ROMÁN

1. Estaba abba Román próximo a la muerte y se reunieron en torno suyo los discípulos, que le preguntaron: “¿Cómo tenemos que dirigirnos?”. El anciano respondió: “No recuerdo haber ordenado jamás a uno de vosotros que hiciera algo, sin establecer primero en mi interior que no me enojaría si no hacía lo mandado. De este modo vivimos en paz durante el tiempo que estuvimos juntos”.

Letra Sigma

ABBA SISOES

1. Un hermano, que había sido ofendido por otro hermano, fue a ver a abba Sisoes y le dijo: “He sido ofendido por un hermano, y quiero vengarme”. El anciano lo exhortaba diciendo: “No, hijo, deja más bien la venganza a Dios”. El insistía: “No descansaré hasta que no me haya vengado”. Le dijo el anciano: “Oremos, hermano”. Y levantándose el anciano dijo: “Oh Dios, ya no necesitamos que te ocupes de nosotros, pues nosotros mismos hacemos justicia”. Al oír esto, el hermano se echó a los pies del anciano diciendo: “Ya no buscaré vengarme de mi hermano; perdóname, abba”.

2. Interrogó un hermano a abba Sisoes diciendo: “¿Qué debo hacer? Voy a la iglesia, donde celebran a menudo el ágape, y me retienen”. El anciano le contestó: “Es cosa difícil”. Entonces, su discípulo Abraham le preguntó: “Si la reunión se celebra un sábado o domingo, y el hermano bebe tres copas, ¿no es mucho?”. Le respondió el anciano: “No sería mucho si Satanás no existiera”.

3. El discípulo de abba Sisoes le dijo: “Padre, ya estás viejo, vámonos cerca de tierras pobladas”. Le respondió el anciano: “Vayamos adonde no haya mujeres”. Le dijo su discípulo: “¿En qué lugar no hay mujeres, fuera del desierto?”. Contestó el anciano: “Entonces, llévame al desierto”.

4. Muchas veces decía el discípulo de abba Sisoos: “Abba, levántate y come”. Elle respondía: “¿No hemos comido, hijo?”. El contestaba; “No, padre”. Decía entonces el anciano: “Si no hemos comido, trae pues, y comamos”.

5. Abba Sisoos habló una vez con libertad, y dijo: “Ten confianza; desde hace treinta años ya no pido a Dios por el pecado, sino que ruego así: Señor Jesús, protégeme de mi lengua. Y hasta ahora caigo cada día por ella, y peco”.

6. Un hermano preguntó a abba Sisoos: “¿Por qué las pasiones no se retiran de mí? Le contestó el anciano: “Tienen su capital depositado en tu interior; devuélveles sus arras, y se retirarán”.

7. Cuando abba Sisoos vivía en la montaña de abba Antonio, se demoró en ir hasta él su servidor, y no vio hombre alguno durante diez meses. Caminando por la montaña encontró un hombre de Farán que estaba cazando animales salvajes, y el anciano le dijo: “¿De dónde vienes? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?”. El respondió: “En realidad, abba, ya llevo once meses en este monte, y no he visto hombre alguno fuera de ti”. Oyólo el anciano, y mientras entraba en su celda se golpeaba el pecho diciendo: “¡Ah Sisoos! Creías haber hecho algo, y no has llegado todavía a lo que llegó este seglar”.

8. Se celebraba la ofrenda en la montaña de abba Antonio, y había allí un pequeño odre con vino. Tomando uno de los ancianos un jarro y una copa, se lo ofreció a abba Sisoos, quien lo bebió. Lo mismo hizo por segunda vez, y lo aceptó. Se lo ofreció por tercera vez, mas no lo tomó, diciendo: “Detente, hermano, ¿no sabes acaso que es Satanás?”

9. Un hermano visitó a abba Sisoos en la montaña de abba Antonio, y conversando con él le dijo: “¿No has llegado aún, padre, a la medida de abba Antonio?”. Le respondió el anciano: “Si tuviese uno solo de los pensamientos de abba Antonio, me volvería todo como de fuego; pero conozco un hombre que, con esfuerzo, puede sobrellevar su pensamiento”.

10. Se presentó cierta vez un tebeo a abba Sisoos, pues quería hacerse monje. El anciano le preguntó si tenía en el mundo algo propio. Él respondió: “Tengo un hijo”. El anciano le dijo: “Ve, tíralo al río, y entonces serás monje”. Cuando iba ya para tirarlo, el anciano mandó un hermano para impedirselo. El hermano le dijo: “Detente, ¿qué haces?”. Él contestó: “El abba me dijo que lo tirase”. Le replicó el hermano: “Pero ahora dice que no lo tires”. Y abandonándolo, fue adonde estaba el anciano, y llegó a ser un monje probado por su obediencia.

11. Un hermano preguntó a abba Sisoos diciendo: “¿De este modo persiguió Satanás a los ancianos?”. Le contestó el anciano: “Ahora es peor, porque se acerca su tiempo y está turbado”.

12. Una vez fue tentado por el demonio el discípulo de abba Sisoos, Abraham; supo el anciano que había caído, y levantándose alzó las manos hacia el cielo, diciendo: “Oh Dios, lo quieras o no, no te dejaré hasta que lo cures”. Y enseguida fue curado.

13. Interrogó un hermano a abba Sisoos diciendo: “Veo que la memoria de Dios permanece en mí”. Le respondió el anciano: “No es gran cosa que tu pensamiento permanezca con Dios. Pero es cosa grande que te veas a tí mismo por (debajo de toda creatura. Esto, unido al trabajo corporal, conduce a la humildad”.

14. Se contaba acerca de abba Sisoos que cuando estaba cercano su fin se encontraban los Padres junto a él, y se puso su rostro resplandeciente como el sol. Él les dijo: “Aquí viene abba Antonio”. Y poco después dijo: “Aquí viene el coro de los profetas”. Brilló todavía más su rostro, y dijo: “Ahora viene el coro de los apóstoles”. Duplicóse el resplandor de su rostro, y se le vio como hablando con alguien. Los ancianos le rogaron diciendo: “¿Con quién hablas, Padre?”. Él dijo: “Los ángeles vienen a buscarme, y les pido que me dejen hacer un poco de

penitencia”. Los ancianos le respondieron: “No necesitas hacer penitencial, Padre”. El anciano les dijo: “En verdad, no sé si he empezado a hacerla”. Y todos supieron que era perfecto. Su rostro se puso repentinamente brillante como el sol, y temieron todos. Y él les dijo: “Ved, ya viene el Señor, y dice: Traedme la copa del desierto”. Enseguida entregó su espíritu, y hubo como un relámpago y la habitación se llenó de buen olor.

15. Fue abba Adelfio, obispo de Nilópolis, a visitar a abba Sisoos en la montaña de abba Antonio. Cuando estaban por salir, antes de ponerse en camino, les hizo comer al amanecer. Era día de ayuno. Mientras preparaban la mesa, llaman unos hermanos. Dice él a su discípulo: “Dales algo de comer, pues están cansados”. Abba Adelfio le dijo: “Déjalo, para que no digan que abba Sisoos come desde el amanecer”. El anciano lo miró, y dijo al hermano: “Ve, dales”. Cuando los hermanos vieron el alimento dijeron: “¿Tenéis huéspedes? ¿Acaso el anciano come con vosotros?”. El hermano replicó: “Sí”. Comenzaron ellos a afligirse, y decían: “Que Dios os perdone, porque habéis dejado comer ahora al anciano. ¿No sabíais acaso que durante muchos días se va a mortificar por esto?”. Lo oyó el obispo, y haciendo una *metanía* al anciano, dijo: “Perdóname, abba, porque pensé humanamente. Tú hiciste lo que es de Dios”. Abba Sisoos le dijo: “Si Dios no glorifica al hombre, es nada la gloria del hombre”.

16. Fueron unos hermanos a visitar a abba Sisoos para escuchar una palabra suya, y el anciano no les habló. Todo el tiempo decía: “Perdón”. Al ver los canastos, le preguntaron a su discípulo Abraham: “¿Qué hacéis con estos canastos?”. Él contestó: “Los vendemos por aquí y por allá”. Lo oyó el anciano, y dijo: “También Sisoos come por aquí y por allá”. Lo oyeron y sacaron mucho provecho, y se marcharon con alegría, edificados por su humildad.

17. Abba Amón de Raitu preguntó a abba Sisoos: “Cuando leo la Escritura, mi pensamiento quiere atender a la palabra para tener respuesta cuando me interrogan”. Le contestó el anciano: “No es necesario; procura más bien, por la pureza de espíritu, estar sin preocupación, y habla”.

18. Un seglar iba con su hijo a ver a abba Sisoos en la montaña de abba Antonio. En el camino murió su hijo, y no se turbó, sino que lo llevó hasta donde estaba el anciano. Con fe, se postró con su hijo como quien hace una *metanía*, para recibir la bendición del anciano. Al levantarse, el padre dejó al niño a los pies del anciano y se retiró. El anciano, pensando que estaba haciendo la *metanía* ante él, le dijo: “Levántate, sal fuera”, pues no sabía que había muerto. Y él se levantó enseguida, y salió. Su padre se maravilló al verlo y, entrando, se prosternó ante el anciano y le anunció lo sucedido. El anciano, al oírlo, se entristeció, pues no quería que esto ocurriese. Su discípulo previno al padre del niño que no lo dijera a nadie hasta la muerte del anciano.

19. Tres ancianos fueron adonde estaba abba Sisoos, porque habían oído hablar de él. El primero le dijo: “Padre, ¿cómo podré salvarme del río de fuego?”. Pero no le respondió. Le dijo el segundo: “Padre, ¿cómo podré salvarme del rechinar de dientes y del gusano que no perece?”. El tercero le dijo: “Padre, ¿qué haré pues el recuerdo de las tinieblas exteriores me mata?”. El anciano le contestó diciendo: “Yo no me acuerdo de nada de eso. Dios es misericordioso y espero que tenga misericordia de mí”. Al oír esta palabra, los ancianos se retiraron tristes. Pero el anciano no quiso dejarlos partir afluidos, y llamándolos de vuelta les dijo: “¡Bienaventurados sois, hermanos! Os tengo envidia. El primero de vosotros habló del río de fuego, el segundo habló del tártaro y el tercero de las tinieblas. Si vuestro espíritu tiene este recuerdo en su poder, es imposible que pequéis. ¿Qué haré yo, duro de corazón, a quien no se le concedió siquiera saber si hay un castigo para los hombres, y por eso pecho a toda hora?”. Ellos, haciendo la *metanía*, dijeron: “Es tal como lo habíamos oído”.

20. Preguntaron a abba Sisoos: “Si un hermano peca ¿necesita hacer penitencia durante un año?”. El respondió: “Es dura esta palabra”. Le preguntaron: “¿Por seis meses?”. Respondió él: “Es mucho”. Ellos dijeron: “¿Hasta cuarenta días?”. Contestó otra vez: “Es mucho”. Ellos preguntaron: “Entonces, si un hermano peca y enseguida se celebra un ágape, ¿también él debe

asistir al ágape?”. Dijo entonces el anciano: “¡No! Es preciso hacer penitencia por unos pocos días. Pues confío en Dios que si uno hace penitencia con toda el alma, a los tres días ya lo recibe Dios”.

21. Cuando abba Sisoos estaba en Clysma acudieron unos seglares para verlo. Ellos le hablaban, pero él no les respondía ni una palabra. Al fin, uno de ellos dijo: “¿Para qué molestáis al anciano? No come, por eso no puede hablar”. El anciano replicó: “Yo como cuando tengo necesidad”.

22. Abba José interrogó a abba Sisoos: “¿Durante cuánto tiempo debe el hombre cortar con las pasiones?”. Le contestó el anciano: “¿Quieres saber cuánto tiempo?”. Abba José dijo: “Sí”. El anciano replicó: “Cada vez que llega la pasión debes cortarla enseguida”.

23. Un hermano preguntó a abba Sisoos, el de Petra, acerca de la vida monástica. Le respondió el anciano: “Dijo Daniel: No he comido el pan de los deseos” (*Dn* 10,3).

24. Se contaba de abba Sisoos que cuando permanecía en su celda, cerraba siempre la puerta.

25. Unos arrianos fueron a ver a abba Sisoos en la montaña de abba Antonio, y comenzaron a hablar contra los ortodoxos. El anciano no les respondió, pero llamando a su discípulo le dijo: “Abraham, trae el libro del bienaventurado Atanasio, y léelo”. Y ellos se callaron, y fue conocida su herejía. El los despidió en paz.

26. Abba Amún de Raitu fue a Clysma a visitar a abba Sisoos. Al verlo afligido porque había abandonado el desierto, le dijo: “¿Por qué te afliges, abba? ¿Qué podías ya hacer en el desierto?”. Mirándolo fijamente, el anciano le contestó: “¿Qué me estás diciendo, Amún? ¿No me bastaba acaso en el desierto con la libertad del espíritu?”.

27. Estaba sentado abba Sisoos en su celda, y su discípulo llamó. El anciano gritó, diciendo: “¡Huye, Abraham, no entres! Ya no tengo tiempo para las cosas de aquí”.

28. Un hermano interrogó a abba Sisoos: “¿Por qué dejaste Escete, donde vivías junto a abba Or, y viniste a habitar aquí?”. El anciano le contestó: “Cuando Escete comenzó a poblarse, oí yo que había muerto abba Antonio, me levanté y vine a la montaña, y encontré que el lugar era calmo, entonces he permanecido en él por un poco de tiempo”. El hermano le preguntó: “¿Cuánto tiempo llevas aquí?”. El anciano le contestó: “Setenta y dos años”.

29. Dijo abba Sisoos: “Si hay un hombre que te atiende, no le des órdenes”.

30. Preguntó un hermano a abba Sisoos: “Si vamos de viaje, y nuestro guía se pierde, ¿debemos decírselo?”. El anciano le contestó: “No”. El hermano dijo: “Pero, ¿tenemos que permitirle que nos haga extraviar?”. El anciano le contestó: “¿Qué harías, pues? ¿Tomarás un bastón para golpearlo? Sé de unos hermanos que estaban de viaje, y su guía se perdió durante la noche. Eran doce, y todos se daban cuenta que estaba perdido, y combatió cada cual consigo mismo para no decirlo. Cuando se hizo de día supo el guía que se había perdido, y les dijo: Perdonadme, porque me he perdido. Y todos le respondieron: También nosotros lo sabíamos, pero callamos. Al oírlo, se admiró y dijo: Hasta la muerte se abstienen de hablar los hermanos. Y dio gloria a Dios. La distancia que se habían apartado del camino era de doce millas”.

31. Vinieron un día los sarracenos y despojaron al anciano y a su hermano. Fueron ellos al desierto buscando algo para comer, y el anciano encontró estiércol de camello, y abriéndolo halló granos de cebada. Comió un grano y puso el otro en su mano. Llegó su hermano, y lo encontró comiendo, y le dijo: “¿Es esta caridad, que encuentras alimento y comes solo, y no me llamas?”. Le respondió abba Sisoos: te hago injusticia, hermano: mira tu parte que guardaba en mi mano”.

32. Se cuenta de abba Sisoos el tebeo que cuando vivía en Calamón de Arsinoe, un anciano se encontraba enfermo en otra laura. Cuando él lo supo, se entristeció. Ayunaba día por medio, y ese era el día que no comía. Lo consideró, y dijo a su pensamiento: “¿Qué haré? Si voy, ¿no me obligarán los hermanos a comer? Y si espero hasta mañana, ¿no morirá? Haré de este modo: Iré, pero no comeré”. Y así fue, en ayunas, y cumplió el mandato de Dios sin faltar a su propósito de vida según Dios.

33. Contaba uno de los Padres acerca de abba Sisoos de Calamón, que para vencer el sueño se suspendió en el precipicio de Petra. Y un ángel vino y lo desató, y le amonestó que no lo hiciera, para no dejar a otros una enseñanza semejante.

34. Un padre interrogó a abba Sisoos, diciendo: “Si mientras estoy en el desierto viene un bárbaro, queriendo matarme, y consigo dominarlo, ¿debo matarlo?”. Le respondió el anciano: “No. Más bien entrégalo a Dios. En cualquier prueba que llega al hombre, di: Esto sucede por mis pecados. Si se trata de algo bueno, di: Es por la providencia de Dios”.

35. Un hermano pidió a abba Sisoos el tebeo: “Dime una palabra”. Le respondió: “¿Qué diré? Leo el Nuevo Testamento, y me vuelvo al Antiguo”.

36. El mismo hermano preguntó a abba Sisoos de Petra acerca de la palabra que había dicho Sisoos el tebeo. Y el anciano respondió: “Yo me duermo en el pecado, y me despierto en el pecado”.

37. Contaban de abba Sisoos el tebeo que, cuando despedían a la asamblea, huía a su celda. Y decían: “Tiene un demonio”. Pero él hacía la obra de Dios.

38. Preguntó un hermano a abba Sisoos, diciendo: “¿Qué haré, abba, pues he caído? Le contestó el anciano: “Levántate de nuevo”. Dijo el hermano: “Me levanté pero caí otra vez”. Le replicó el anciano: “Levántate una y otra vez”. Le dijo entonces el hermano: “¿Hasta cuándo?”. El anciano contestó: “Hasta que seas tomado, ya sea en el bien, ya sea en el crimen; pues el hombre se presentará al juicio en aquello en que sea encontrado”.

39. Un hermano interrogó a un anciano, diciendo: “¿Qué haré? Me entristezco a causa del trabajo manual: me gusta trenzar, pero no puedo trabajar en ello”. Le respondió el anciano: “Abba Sisoos dijo que no hay que hacer un trabajo que nos agrade”.

40. Dijo abba Sisoos: “Busca a Dios, pero no busques donde habita”.

41. Dijo también: “La vergüenza y la falta de reverencia traen muchas veces el pecado”.

42. Preguntó un hermano a abba Sisoos, diciendo: “¿Qué debo hacer?”. Le contestó: “La obra que buscas es un gran silencio y la humildad. Pues está escrito: Bienaventurados los que permanecen en él (*Is. 30,18*). Y así podrás permanecer en ello”.

43. Dijo abba Sisoos: “Sé despreciado, echa atrás tuyo la voluntad propia, y alcanzarás la despreocupación y tendrás el descanso”.

44. Un hermano preguntó a abba Sisoos: “¿Qué debo hacer a causa de las pasiones?”. Le contestó el anciano: “Cada uno es tentado por su concupiscencia” (*St 1,16*).

45. Pidió un hermano a abba Sisoos: “Dime una palabra”. El respondió: ¿Por qué me haces hablar inútilmente? Haz lo que veas”.

46. Abba Abraham, el discípulo de abba Sisoos, se fue para realizar un servicio, y durante

muchos días no quiso el anciano ser atendido por otro, diciendo: “¿Permitiré acaso que otro hombre adquiera familiaridad conmigo, fuera de mi hermano?”. Y no lo consintió, sino que soportó el trabajo hasta que regresó su discípulo.

47. Cuentan de abba Sisoos que estaba sentado, y gritó con voz fuerte: “¡Oh, desgracia!”. Le preguntó su discípulo: “¿Qué tienes, padre?”. El anciano respondió: “Busco un hombre con quien hablar, y no lo encuentro”.

48. Fue una vez abba Sisoos desde la montaña de abba Antonio a la montaña exterior de la Tebaida, y vivía allí. Había melecianos en ese lugar, que habitaban en Calamón de Arsinoe. Oyeron algunos hermanos que había ido a la montaña exterior, y deseaban verlo, pero decían: “¿Qué haremos? pues hay melecianos en la montaña. Sabemos que el anciano no sufre daño alguno por ello, pero nosotros tememos que, por visitar al anciano, caigamos en la tentación de la herejía”. Y para no acercarse a los herejes, no fueron a ver al anciano.

49. Contaban que abba Sisoos cayó enfermo. Los ancianos estaban sentados junto a él, y él estaba como hablando con alguien. Le preguntaron: “¿Qué ves, abba?”. El les respondió: “Veo a unos que vienen por mí, y les pido que me dejen hacer un poco de penitencia”. Uno de los ancianos le dijo: “Si te dejara, ¿puedes todavía hacer penitencia útilmente?”. El anciano le contestó: “Aunque no pueda, gimo un poco sobre mi alma, y eso me basta”.

50. Cuentan acerca de abba Sisoos que cuando fue a Clysma, se enfermó y permanecía con él su discípulo en la celda. Se oyó entonces un golpe en la puerta. El anciano comprendió, y dijo a su discípulo Abraham: “Di al que llama. Yo, Sisoos, en la montaña; yo, Sisoos, en la estera”. Y el otro, al oírlo, desapareció.

51. Abba Sisoos el tebeo dijo a su discípulo: “Dime lo que ves en mí, y yo te diré lo que veo en ti”. El discípulo le dijo: “Tú eres bueno en tu espíritu, pero un poco duro”. Le replicó el anciano: “Tú eres bueno, pero algo flojo de espíritu”.

52. Decían que abba Sisoos el tebeo no comía pan, y en la fiesta de Pascua los hermanos le hicieron una *metanía*, rogándole que comiera con ellos. Les respondió diciendo: “Haré una de estas dos cosas: o como pan o las cosas que habéis preparado”. Ellos le rogaron: “Come solamente pan”. Y así lo hizo.

53. Si alguien interrogaba a abba Sisoos acerca de abba Pambo, decía: “Pambo era muy grande en sus obras”.

54. Dijo abba Sisoos a un hermano: “¿Cómo estás?”. Le respondió: “Pierdo el día, padre”. Y el anciano le dijo: “Cuando yo pierdo el día, doy gracias”.

ABBA SILVANO

1. Fueron una vez abba Silvano y su discípulo Zacarías a un monasterio, y en él les hicieron comer algo antes de marcharse. Cuando ya habían salido, el discípulo encontró agua en el camino, y quiso beber. El anciano le dijo: “Zacarías, hoy es día de ayuno”. Él respondió: “¿No hemos comido acaso, Padre?”. Le replicó el anciano: “Aquella comida fue por caridad, mas nosotros, hijo, guardemos nuestro ayuno”.

2. Estando el mismo una vez con los hermanos, entró en éxtasis y cayó sobre su rostro, y sólo después de mucho tiempo se levantó, llorando. Le rogaban los hermanos, diciendo: “¿Padre, qué tienes?”. Mas él, llorando, no respondía. Cuando pudieron hacerle hablar, dijo: “Fui arrebatado al juicio, y vi a muchos de los nuestros que iban al castigo, y muchos seglares que iban al reino”. Lloraba el anciano, y no quería salir de su celda. Si lo obligaban a salir, cubría su rostro con el capuchón diciendo: “¿Para qué quiero ver esta luz temporal, que no sirve para

nada?”.

3. Otra vez entró su discípulo Zacarías y lo encontró en éxtasis, con sus manos extendidas hacia el cielo. Entonces salió y cerró la puerta. Volvió a la hora sexta y a la hora novena, y lo encontró de la misma manera. Alrededor de la décima hora llamó y, entrando, lo encontró en la *hesiquía*, y le dijo: “¿Qué tienes hoy, Padre?”. El respondió: “Hoy estuve enfermo, hijo”. Mas él, tomando sus pies, le dijo: “No te dejaré hasta que no me digas lo que has visto”. El anciano le dijo: “Hoy fui arrebatado hasta el cielo, y vi la gloria de Dios, y allí estuve hasta este momento, y ahora he sido despedido”.

4. Cuando abba Silvano vivía en el monte Sinaí, su discípulo Zacarías tuvo que salir para un servicio, y dijo al anciano: “Suelta el agua y riega el huerto”. El anciano salió y se cubrió los ojos con el capuchón, y solamente veía sus pies. Llegó en ese momento un hermano, y mirándolo de lejos consideraba lo que hacía. Entró el hermano adonde él estaba y le dijo: “Dime, abba, ¿por qué te tapabas la cara con el capuchón cuando regabas el jardín?”. Le contestó el anciano: “Hijo, para que mis ojos no vieran los árboles, y se apartara mi mente de su trabajo a causa de ellos”.

5. Un hermano fue a visitar a abba Silvano en el monte Sinaí. Vio a los hermanos que trabajaban, y dijo al anciano: “No trabajéis por el alimento que perece (*Jn 6,27*); María eligió la mejor parte” (*Lc 10,42*). El anciano ordenó a su discípulo: “Zacarías, dale un libro a este hermano, y acompáñalo a una celda donde no haya nada”. Cuando llegó la hora novena, miraba por la puerta por si lo llamaban para comer. Como nadie lo llamó, se levantó y fue hasta el anciano y le dijo: “¿No comen hoy los hermanos, abba?”. El anciano le contestó: “Sí”. El dijo: “¿Por qué no me llamasteis?”. Le respondió el anciano: “Porque eres hombre espiritual y no necesitas este alimento. Nosotros, que somos carnales, queremos comer, y para eso trabajamos. Tú, en cambio, has elegido la mejor parte, leyendo todo el día, y no quieres comer el aumento carnal”. Al oír esto hizo una *metanía*, diciendo: “Perdóname, abba”. Le contestó el anciano: Realmente, María necesita a Marta, pues fue por Marta que se elogió a María”.

6. Preguntaron a abba Silvano: “¿En qué práctica te has ejercitado, Padre, para adquirir semejante prudencia?”. Y respondió: “Nunca permití que viniera a mi corazón un pensamiento que irritara a Dios”.

7. Se cuenta de abba Silvano que permanecía sentado en su celda, en lo oculto, y tenía unas habas pequeñas y con ellas trabajaba, e hizo cien cribas. Y llegó un hombre desde Egipto, con un asno cargado de panes, y llamando a su celda, se los dejó. Entonces, el anciano tomó las cribas, cargó el asno y lo despidió.

8. De abba Silvano se cuenta que, una vez, su discípulo Zacarías salió sin él, y tomando a los hermanos derribó el cerco del huerto y lo agrandó. Cuando el anciano lo supo, tomó su melota y salió, y dijo a los hermanos: “Rogad por mí”. Ellos, al verlo, se echaron a sus pies diciendo: “Dinos qué tienes, Padre”. Les respondió: “No entraré ni me quitaré la melota si no volvéis el cerco al lugar en que estaba”. Ellos destruyeron enseguida el cerco, y lo rehicieron donde estaba antes. Y así el anciano regresó a su celda.

9. Dijo abba Silvano: “Yo soy un esclavo, y mi señor me dice: Haz mi trabajo y yo te alimentaré, y no busques saber de dónde: si tengo, si robo, si pido prestado; tú no te preocupes, trabaja tan solo, y yo te alimentaré. Yo, pues, si trabajo, como de mi salario; pero si no trabajo, como de la caridad”.

10. Dijo también: “¡Ay del hombre cuyo renombre es mayor que su esfuerzo!”.

11. Preguntó abba Moisés a abba Silvano. “¿Puede el hombre comenzar cada día?”. Le respondió el anciano: “Si es laborioso, puede comenzar a cada hora”.

12. Dijo un Padre que encontró alguien a abba Silvano, y vio su rostro y su cuerpo brillantes como los de un ángel, y cayó con la frente en tierra. Dijo también que otros obtuvieron igual gracia.

13. Decían de él que se marchó a Palestina y construyó una celda junto a un río, y allí permaneció el resto de su vida, como en Escete.

ABBA SIMÓN

1. Un funcionario fue a visitar a abba Simón. Lo oyó éste, y cubriéndose con un i paño sostenido en la cintura, se subió a una palmera para limpiarla. Los que llegaban, le gritaron: “Anciano, ¿dónde está el anacoreta?”. El contestó: “Aquí no hay ningún anacoreta”. Y al oírlo, se volvieron.

2. En otra oportunidad, fue otro arconte (funcionario) para verlo. Se adelantaron los clérigos y le dijeron: “Abba prepárate, pues el arconte ha oído hablar de tí y viene para que lo bendigas”. Él dijo: “Está bien, me prepararé”. Vistió un hábito grosero, y tomando pan y queso en sus manos, se levantó, se sentó a la entrada y se puso a comer. Llegó el arconte con sus oficiales y, al verlo, lo despreciaron diciendo: “¿Es éste el anacoreta de quien habíamos oído hablar?”. Y enseguida regresaron.

ABBA SOPATRO

1. Pidió uno a abba Sopatro: “Dame un mandato, abba, y lo guardaré”. El le dijo: “No entre mujer en tu celda y no leas a los apócrifos; no especules acerca de la imagen (¿humana de Dios?). Esto no es herejía, sino ignorancia y gusto por la disputa en ambos partidos, pues es imposible que la creatura lo comprenda”.

ABBA SARMATAS

1. Dijo abba Sarmatas: “Prefiero el hombre pecador, que sabe que ha pecado y hace penitencia, al hombre que no pecó, y se tiene a sí mismo por justo”.

2. Decían acerca de abba Sarmatas que, siguiendo el consejo de abba Pastor, se retiraban muchas veces durante cuarenta días a la soledad, y cumplía esos días como si nada fuese. Abba Pastor lo visitó y le preguntó: “Dime, ¿qué cosas ves para sostener semejante esfuerzo?”. El le contestó: “Nada de especial”. Le dijo entonces abba Pastor: “No te dejaré hasta que me lo digas”. El respondió: “Una sola cosa he encontrado: si le digo al sueño, vete, se va; si le digo: ven, viene”.

3. Un hermano interrogó a abba Sarmatas, diciendo: “Los pensamientos me sugieren: no trabajes, sino come, bebe, duerme”. El anciano le contestó: “Cuando tengas hambre, come; cuando tengas sed, bebe; cuando sientas sueño, duerme”. Pero otro anciano llegó oportunamente al lugar donde estaba el hermano, y éste le relató lo que había dicho abba Sarmatas. El anciano le dijo: “Esto es lo que te dijo abba Sarmatas: Cuando tengas mucha hambre y tanta sed que ya no soportes más, come, entonces, y bebe; y cuando hayas velado mucho y tengas sueño, duerme. Esto es lo que te dijo el anciano”.

4. Dijo el mismo hermano a abba Sarmatas: “Los pensamientos me dicen: Vete fuera, y visita a los hermanos”. Le dijo el anciano: “No los escuches, sino diles: Ya os presté oídos antes, pero en esto no puedo escucharos”.

5. Dijo también: “Si el hombre no huye cuanto puede y no vigila, hace inevitable el pecado”.

ABBA SERAPIÓN

1. Pasaba una vez abba Serapión por una aldea de Egipto, y vio una prostituta de pie junto a su habitación. El anciano le dijo: “Espérame esta tarde, pues quiero venir y pasar la noche junto a tí”. Ella le respondió: “Esta bien, abba”. Y se preparó y dispuso el lecho. Cuando atardeció, vino el anciano donde ella y, entrando en la habitación, le preguntó: “¿Preparaste el lecho?”. Le respondió: “Sí, abba”. Cerró entonces la puerta y le dijo: “Espera un poco, pues tenemos una ley y debo cumplirla”. El anciano comenzó su oficio; tomó el salterio, y después de cada salmo hacía una oración, rogando a Dios por ella, para que se arrepintiese y salvara. Y Dios le escuchó. La mujer estaba temblorosa y suplicante junto al anciano. Cuando el anciano hubo concluido todo el salterio, la mujer cayó en tierra. El anciano comenzó el (libro del) Apóstol, y leyó mucho de él, y de esta manera terminó la *sinaxis*. La mujer estaba compungida, y comprendiendo que él no había venido para pecar con ella, sino para salvar su alma, se postró ante él diciendo: “Ten caridad, abba, y llévame a un sitio donde pueda agradar a Dios”. El anciano la condujo a un monasterio de vírgenes, y la entregó a la Madre, diciendo: “Recibe a esta hermana, y no le impongas el yugo o la norma como a las demás; dale lo que quiera, y permítele actuar como ella desea”. Después de unos pocos días dijo: “yo soy una pecadora, quiero comer día por medio”. Pocos días más tarde dijo: “Yo tengo muchos pecados, quiero comer cada cuatro días”. Y después de pocos días más, suplicó a la Madre diciendo: “Ya que he entristecido tanto a Dios con mis pecados, hazme un favor: ponme en una celda, ciérrala, y por un agujero dame un poco de pan y el trabajo manual”. La Madre lo hizo, y ella agradó a Dios por el resto de su vida.

2. Un hermano rogó a abba Serapión, diciendo: “Dime una palabra”. Le respondió el anciano: “¿Qué tengo para decirte? Tomaste lo que era de viudas y huérfanos, y lo pusiste en esta abertura”. Pues la veía llena de libros.

3. Dijo abba Serapión: “Así como los soldados del emperador, cuando están en atención, no pueden mirar a la derecha ni a la izquierda, del mismo modo, el hombre que está firme en la presencia de Dios y permanece en el temor delante de él a toda hora, no temerá nada del enemigo”.

4. Fue un hermano a visitar a abba Serapión, y el anciano lo invitó, según la costumbre, a hacer la oración, pero él no aceptaba, diciéndose pecador e indigno del hábito monástico. Quiso lavarle los pies y él, diciendo las mismas palabras, no accedió a ello. Le preparó para que comiese, y el anciano empezó a comer con él, mientras lo amonestaba diciendo: “Hijo, si quieres aprovechar, permanece en tu celda y atiende a ti mismo y a tu trabajo manual. No te aporta tanto provecho el salir cuanto el permanecer (en la celda)”. Al oír esto, se irritó y el modo se le alteró, y no lo pudo ocultar al anciano. Le dijo entonces abba Serapión: “Hasta ahora decías: Soy pecador, y te acusabas como si fueras indigno de vivir. ¿Y porque te amonesto con caridad, te alteras tanto? Si quieres ser humilde, aprende a soportar con fortaleza lo que te hacen los demás, y no profieras palabras ociosas”. Oyó esto el hermano y se postró ante el anciano, y partió habiendo recibido mucho provecho.

ABBA SERENO

1. Decían acerca de abba Sereno que trabajaba mucho, y siempre comía dos panes. Fue a verlo abba Job, su compañero, gran asceta también él, y le dijo: “Cuando estoy en la celda, guardo mi costumbre, pero si salgo, hago como los hermanos”. Le respondió abba Sereno: “No es esto gran virtud, guardar tu orden cuando estás en la celda, sino más bien cuando sales de ella”.

2. Dijo abba Sereno: “He pasado mi tiempo cosechando, cosiendo, trenzando, y con todo ello, si no me hubiese alimentado la mano de Dios, no hubiera podido sostenerme”.

ABBA ESPIRIDÓN

1. Acerca de Espiridón, que había sido pastor de ovejas, se contaba que vivía con tal santidad, que fue encontrado digno de ser pastor de hombres. Fue llamado al episcopado en una de las ciudades de Chipre, de nombre Trimitunthes. Ya obispo seguía pastoreando las ovejas por humildad. Una noche vinieron unos ladrones al corral e intentaron robar las ovejas. Pero Dios, que protegía al pastor, salvó también al rebaño: los ladrones fueron ligados al corral, por una fuerza invisible. Cuando amanecía llegó el pastor al lugar. Al verlos con las manos atadas a la espalda comprendió lo que había sucedido y, orando, soltó a los ladrones. Los amonestó y exhortó largamente a que se esforzaran con trabajos honestos y no viviesen en la injusticia, y los despidió regalándoles un carnero. Y agregó graciosamente: “Para que no creáis que habéis velado en vano”.

2. Se decía también que tenía una hija virgen, que participaba de la piedad de su padre. Se llamaba Irene. Un conocido le confió a ella una alhaja de gran valor. Para que estuviera más segura la escondió bajo tierra, pero poco después ella dejó este mundo. El que se la había entregado vino más adelante, y al no encontrar a la joven se dirigió a su padre, abba Espiridón, con amenazas y ruegos. Como el anciano se afligía del mal sufrido por el que había hecho el depósito, fue al sepulcro de su hija rogando a Dios que, antes del tiempo señalado, le mostrase la resurrección prometida. Y su esperanza no fue defraudada: revivió la joven y se apareció al padre, indicándole el lugar donde estaba la alhaja, y enseguida se alejó. Y el anciano la tomó y la devolvió.

ABBA SAIO

1. Se contaba que abba Saio y abba Mué vivían juntos. Abba Saio era muy obediente pero muy rudo. El anciano le dijo, para tentarlo: “Ve a robar”. El salía y robaba a los hermanos por obediencia, dando gracias a Dios en todo. El anciano, por su parte, tomaba lo robado y lo devolvía ocultamente. Una vez, mientras iba caminando se desmayó, y el anciano lo dejó allí, exhausto. Y fue a decir a los hermanos: “Id a traer a Saio, que yace quebrado”. Ellos fueron y lo trajeron.

AMMA SARA

1. Se cuenta acerca de anima Sara que vivió durante trece años fuertemente atacada por el demonio de la fornicación, y que nunca pidió que cesara el combate, sino que decía: “ ¡Oh Dios, dame la fuerza!”.

2. Una vez el mismo espíritu de fornicación se llegó hasta ella con más fuerza, sugiriéndole las vanidades del mundo. Mas ella acudió al temor de Dios y a la ascesis. Subió a la terraza para orar y se le apareció entonces el espíritu de fornicación, el cual le dijo: “Me has vencido, Sara”. Ella le respondió: “No te he vencido yo, sino Cristo, mi Señor”.

3. Decían de ella que vivió sesenta años junto al río, y nunca volvió los ojos para mirarlo.

4. Otra vez fueron a verla desde Pelusio dos ancianos, grandes anacoretas. Mientras viajaban, se decían el uno al otro: “Humillemos a esta vieja”. A ella le dijeron: “Cuidado, no se exalte tu espíritu, y digas: Los solitarios vienen a verme a mí, que soy mujer”. Amma Sara les contestó: “Por naturaleza soy mujer, mas no por el pensamiento”.

5. Dijo amma Sara: “Si tuviese que rogar a Dios para que todos los hombres sean colmados por mí, tendría que estar postrada ante la puerta de cada uno; prefiero pedir que mi corazón sea puro con todos”.

6. Dijo también: “Levanto mi pie para subir por la escalera y pongo la muerte ante mi vista, antes de subir”.

7. Dijo también: “Es cosa buena hacer limosna a causa de los hombres. Pues aunque se haga por agradar a los hombres, llega después a agradar a Dios”.

8. Fueron una vez unos escetiotas a visitar a amma Sara. Ella les sirvió un canastillo (de frutas). Ellos, entonces, tomaron lo que estaba malo y dejaron lo bueno, y ella les dijo: “Verdaderamente, sois escetiotas”.

9. Dijo también a los hermanos: “Yo soy un hombre, vosotros sois mujeres”.

AMMA SINCLÉTICA

1. Dijo amma Sinclética: “Al principio hay grandes luchas y penas para los que se acercan a Dios, pero después encuentran una alegría inefable. Como los que quieren encender el fuego primero absorben el humo y lagrimean, pero después obtienen lo que buscan –se ha dicho, en efecto: Nuestro Dios es un fuego ardiente (*Hb* 12,29), igualmente debemos encender en nosotros el fuego divino, con lágrimas y esfuerzo”.

2. Dijo también: “Los que hemos abrazado esta profesión debemos tener una templanza perfecta. Pues en los seglares se ve la templanza, pero con ella habita la intemperancia, porque pecan con todos los demás sentidos. En efecto, miran sin decencia y rien sin medida”.

3. Dijo también: “Como las medicinas más amargas expulsan a las bestias venenosas, así la oración con el ayuno expulsa al mal pensamiento”.

4. Dijo también: “No te seduzcan las delicias de las riquezas del mundo, como si tuvieran algo de provecho a causa del placer vano. Ellos aprecian el arte culinario, mientras que tú, por el ayuno y por los alimentos de bajo precio, superas la abundancia de su comida. Está escrito: El alma que vive en los placeres, se burla del panal de miel (*Pr* 27,7). No te llenes de pan y no desearás el vino”.

5. Preguntaron a la bienaventurada Sinclética si la pobreza es un bien perfecto. Ella respondió: “Es perfecto, en verdad, para los que lo pueden. Los que soportan la pobreza, padecen en la carne, pero tienen paz en el alma. Como los vestidos que lo resisten se lavan golpeándolos con los pies y retorciéndolos, así el alma fuerte se vuelve aún más fuerte por la pobreza voluntaria”.

6. Dijo también: “Si vives en el cenobio no cambies de lugar, pues eso te perjudicaría mucho. El pájaro que se aparta de los huevos los hace infecundos, así también el monje o la virgen se enfrían y mueren en la fe cuando vagan de un sitio a otro”.

7. Dijo también: “Las trampas del diablo son muchas. ¿No puede conmovier al alma con la pobreza? Le propone la riqueza como cebo. ¿No consigue dominarla por las humillaciones y oprobios? Le sugiere alabanzas y gloria. Si es vencido por la salud, enferma al cuerpo. Si no pudo engañar con placeres, trata de voltearlo con las penas involuntarias. Envía enfermedades intolerables para desanimar a los pusilánimes en el amor de Dios. Ataca también al cuerpo con fortísimas fiebres y le hace padecer una sed intolerable. Si eres pecador y sufres esto, acuérdate del castigo futuro y del fuego eterno y de las justas penas, y no te desanimes por las presentes. Alégrate porque te visita Dios, y ten sobre tu lengua este piadoso dicho: El Señor me castigó, pero no me entregó a la muerte (*Sal* 117,18)”.

7 b. “Eras hierro, pero el fuego te purificó de la herrumbre. Si eres justo y te enfermas, has pasado de lo que es grande a lo que es aún mayor. ¿Eres oro? Por el fuego serás más probado. ¿Tu carne fue entregada al ángel (cfr. *2 Co* 12,7)? Alégrate, mira a quien has sido hecho semejante: has sido digno de la porción de Pablo. ¿Te prueba la fiebre? ¿Te educa el rigor? Dice la Escritura: Pasamos por fuego y por agua, y nos has llevado al descanso (*Sal* 65,12). ¿Tuviste

lo primero? Espera lo segundo. Obrando la virtud grita las palabras del Santo: Soy pobre y sufriente (*Sal* 68,30). Por estas dos tribulaciones llegarás a ser perfecto, pues está escrito: Me has dilatado en la tribulación (*Sal* 4,2). Nuestras almas se instruyen en estos ejercicios, y así tenemos al Adversario ante nuestros ojos”.

8. Dijo también: “Cuando nos oprime la enfermedad no nos pongamos tristes si por la enfermedad y el abatimiento del cuerpo no podemos salmodiar con nuestra voz. Todas estas cosas eran para nuestra utilidad, para purificar las pasiones. Pues el ayuno y acostarse por tierra están mandados a causa de nuestros placeres. Pero si ellos son retenidos por la enfermedad, son superfluos. Pues ésta es la gran ascesis: dominarse en las enfermedades y elevar a Dios himnos de acción de gracias”.

9. Dijo también: “Si tienes que ayunar no pongas el pretexto de la enfermedad, porque los que no ayunan sufren muchas veces las mismas enfermedades. ¿Has empezado a obrar bien? No te retraigas, obligado por el enemigo, pues él será dominado por tu paciencia”.

9 a. “Los que inician la navegación son al principio llevados por el viento. Una vez que han extendido las velas, enfrentan al viento contrario, pero los marineros no aligeran la nave por su causa, sino que aguardan la calma y dejan pasar la tempestad, para retomar la navegación. También nosotros, cuando ha cedido el viento contrario, extendiendo la cruz como una vela, prosigamos seguros nuestro curso”.

10. Dijo también: “Los que han reunido riquezas después de los trabajos y peligros del mar, aunque han ganado mucho desean ganar todavía más y estiman en nada lo que tienen, y tienden hacia lo que no poseen. Mas nosotros, que no tenemos lo que deseamos, no lo queremos adquirir por el temor de Dios”.

11. Dijo también: “Imita al publicano para no ser condenado con el fariseo. Elige la mansedumbre de Moisés para que conviertas tu corazón, que es una roca, en un manantial de agua”.

12. Dijo también: “Es peligroso que enseñe aquél que no ha sido educado en la vida activa. Pues si uno habita en una casa ruinoso y recibe huéspedes en ella, los perjudicará por el deterioro del edificio; del mismo modo el que no fue instruido primero, perderá a los que llegan hasta él. Con palabras los llaman a la salvación, pero con el comportamiento hacen mal a los atletas”.

13. Dijo también: “Es bueno no llegar a airarse, pero si sucede (el Apóstol) no te da siquiera el tiempo de un día para esta pasión, diciendo: No se oculte el sol (*Ef* 4,26). ¿Esperarás tú hasta que el tiempo se acabe? ¿Por qué odias al hombre que te ha contristado? No es él quien ha obrado mal, sino el diablo. Odia la enfermedad, no el enfermo”.

14. Dijo también: “Cuanto más aprovechan los atletas, enfrentan a adversarios más fuertes”.

15. Dijo también: “Hay una ascesis que es impuesta por el enemigo, y sus discípulos la practican. ¿Cómo distinguiremos la ascesis divina y regia de la tiránica y demoníaca? Ciertamente, por su medida regular. Durante todo el tiempo ten una sola norma para el ayuno. No ayunes durante cuatro o cinco días, y lo rompas después con abundancia de alimentos. La inmoderación es siempre corruptora. Cuando eres joven y sano, ayuna, pues llega después la ancianidad con la debilidad. Mientras puedas hacerlo, atesora privándote de la alimentación, para que, cuando no lo puedas hacer encuentres el descanso”.

16. Dijo también: “Mientras estemos en el cenobio, prefiramos la obediencia a la ascesis, pues ésta en efecto, enseña el orgullo y aquella la humildad”.

17. Dijo también: “Tenemos que gobernar nuestra alma con discreción. Mientras vivamos en el

cenobio no busquemos lo que es nuestro ni sirvamos a nuestra voluntad propia, sino obedezcamos a nuestro padre en la fe”.

18. Dijo también: “Está escrito: Sed prudentes como serpientes y simples como palomas (*Mt* 10,16). Aquello de hacerse como las serpientes se dijo para que no ignoremos los ataques y trampas del diablo. Pues el semejante conoce rápidamente a su semejante. La simplicidad de la paloma muestra la pureza de la acción”.

19. Dijo amma Sinclética: “Muchos viven en la montaña, actúan como los de la ciudad, y se pierden. Es posible estar solo con el pensamiento aunque se viva con mucha gente, y estando solo vivir con muchos, también con el pensamiento”.

20. Dijo también: “En el mundo, si faltamos sin querer, nos ponen en prisión; pongámonos nosotros mismos en prisión a causa de nuestros pecados, para que este recuerdo voluntario aleje de nosotros el castigo inminente”.

21. Dijo también: “Así como el tesoro que es expuesto pierde valor, desaparece la virtud que es conocida por todos. Como se derrite la cera puesta junto al fuego, así se disuelve el alma con las alabanzas y pierde su esfuerzo”.

22. Dijo también: “Del mismo modo que es imposible ser a la vez planta y semilla, es imposible producir frutos celestiales mientras estamos rodeados de la gloria mundana”.

23. Dijo también: “Hijos, todos queremos salvarnos, pero nos alejamos de la salvación por nuestra negligencia habitual”.

24. Dijo también: “Estemos atentos, pues los ladrones penetran por nuestros sentidos, aunque no lo queramos. ¿Cómo podría no ennegrecerse una casa con el fuego que le dirigen desde el exterior, si están abiertas las ventanas?”.

25. Dijo también: “Tenemos que armarnos de todos los modos contra los demonios. Pues vienen del exterior y nos mueven desde el interior, y el alma, como una nave, o se sumerge bajo las olas o se hunde por el exceso de carga. Nosotros somos así: a veces nos perdemos a causa de las acciones malas que cometemos, otras somos aniquilados desde adentro, a causa de los pensamientos. Se debe pues atender a los ataques exteriores de los hombres y ahogar los levantamientos interiores de los pensamientos”.

26. Dijo también: “No estamos exentos de preocupaciones aquí abajo. Dice la Escritura: El que cree estar de pie, cuídese de no caer (*I Co* 10,12). Navegamos en la oscuridad, pues el salmista llama a nuestra vida mar, y el mar tiene escollos y a veces está furioso, a veces tranquilo. Nosotros creemos navegar por la parte tranquila del mar, y que los seculares lo hacen entre el oleaje. Nosotros navegamos conducidos por el sol de la justicia y, sin embargo, el secular salva a menudo su embarcación por la vigilancia en la tempestad y la tiniebla, mientras nosotros nos hundimos aunque estemos en un mar calmo, porque abandonamos por negligencia el timón de la justicia”.

27. Dijo también: “Es imposible construir un navío si no se tienen clavos; del mismo modo, es imposible salvarse sin humildad”.

28. Dijo también: “Hay una tristeza útil y una tristeza destructiva. Lo propio de la primera es lamentar las propias faltas y afligirse de la debilidad de sus prójimos, para no decaer de su propósito y adherirse a la perfección de la bondad. Pero también está la tristeza que viene del enemigo, totalmente irracional, que algunos llaman acedia. Hay que expulsar este espíritu, sobre todo con la oración y la salmodia”.

ABBA TITOES

1. Decían acerca de abba Titoes que cuando estaba de pie para la oración, si no bajaba rápidamente las manos su espíritu se elevaba hacia lo alto. Si esto sucedía cuando los hermanos oraban con él, se preocupaba por bajar inmediatamente las manos para que su mente no se extasiara y se demorase en la oración.
2. Dijo abba Titoes: “Es peregrinación si el hombre domina su boca”.
3. Interrogó un hermano a abba Titoes: “¿Cómo he de guardar mi corazón?”. El anciano le respondió: “¿Cómo guardaremos nuestro corazón, si tenemos abiertos la boca y el vientre?”.
4. Abba Matoes dijo acerca de abba Titoes: “No puede encontrarse un hombre que abra su boca para acusarlo en cualquier cosa que sea. Pues abba Titoes es como oro puro en la balanza”.
5. Cuando se encontraba abba Titoes en Clysma, pensando y reflexionando dijo a su discípulo: “Echa agua a las palmeras, hijo”. Respondió él: “Estamos en Clysma, abba”. El anciano le dijo: “¿Qué estoy haciendo en Clysma? Llévame de nuevo a la montaña”.
6. Un día que abba Titoes estaba sentado, se encontraba junto a él un hermano. No lo vio y suspiró, y no advirtió que un hermano se hallaba a su lado, pues estaba en éxtasis. Haciendo una metanía le dijo después: “Perdóname, hermano, porque todavía no soy monje, pues he suspirado en tu presencia”.
7. Preguntó un hermano a abba Titoes diciendo: “¿Cuál es el camino que lleva a la humildad?”. Le respondió el anciano: “La vía de la humildad es esta: la abstinencia, la oración, y ponerse a sí mismo por debajo de toda creatura”.

ABBA TIMOTEO

1. Abba Timoteo el presbítero interrogó a abba Pastor: “Hay en Egipto una mujer que comete el pecado de la fornicación, y con el dinero que obtiene hace limosnas”. Dijo abba Pastor: “No permanecerá en la fornicación; el fruto de la fe se manifiesta en ella”. Sucedió que la madre del presbítero Timoteo fue a visitar a éste, y él le preguntó: “¿Aquella mujer persiste en la fornicación?”. Ella le respondió: “Sí, y ha aumentado el número de sus amantes, pero todo lo da en limosnas”. Lo anunció abba Timoteo a abba Pastor, y este dijo: “No permanecerá en la fornicación”. Otra vez fue a visitarlo la madre de abba Timoteo, y le dijo: “¿Sabes que esa pecadora quería venir conmigo para pedirte que ruegues por ella?”. Al oírlo se lo dijo a abba Pastor, quien respondió: “Ve tú, mas bien, a encontrarla a ella”. Cuando lo vio, después de oír de él la Palabra de Dios, se arrepintió y lloró, y le dijo: “A partir de este día me adhiero a Dios, y no volveré a fornicar”. Y se retiró enseguida a un monasterio, y agradó a Dios.

ABBA HIPEREQUIO

1. Dijo abba Hiperequio: “Así como el león es temible para los onagros, así es el monje probado para los pensamientos del deseo”.
2. Dijo también: “El ayuno es para el monje un freno contra el pecado. El que lo deja, es como un caballo en celo”.
3. Dijo también: “El que no domine su lengua en el momento de la Ira, tampoco podrá dominar

las pasiones”.

4. Dijo también: “Es mejor comer carne y beber vino, que comer la carne del hermano por la calumnia”.

5. Dijo también: “La serpiente expulsó a Eva del paraíso con su silbido. El que habla mal del prójimo es como ella, pues pierde el alma del oyente y no conserva la propia”.

6. Dijo también: “El tesoro del monje es la pobreza voluntaria. Reunid el tesoro en el cielo, hermanos, pues los siglos de ese descanso son eternos”.

7. Dijo también: “Que tu pensamiento esté siempre en el reino de los cielos, y a la brevedad lo recibirás en herencia”.

8. Dijo también: “La obediencia es el adorno del monje. Quien lo posea será escuchado por Dios, y se encontrará confiado junto al Crucificado. Pues el Señor fue crucificado, hecho obediente hasta la muerte (*Flp 2,8*).

Letra Fi

ABBA FOCAS

1. Abba Focas, el del cenobio de abba Teognio el jerosolimitano, dijo: “Cuando yo vivía en Escete, cierto abba Santiago, hombre joven que vivía en las Celdas, tenía a su padre carnal como padre espiritual. En las Celdas había dos iglesias, una de ortodoxos, en la cual comulgaban ellos, y otra de cismáticos (monofisitas). Como abba Santiago tenía el don de la humildad era amado por todos, tanto ortodoxos como cismáticos. Le decían los ortodoxos: Mira, abba Santiago, no te vayan a engañar los cismáticos y te atraigan a su comunión. Igualmente los cismáticos le decían: Debes saber, abba Santiago, que si comulgas con los difisitas perderás tu alma. Ellos son nestorianos y disfrazan la verdad. Abba Santiago, que era un hombre simple, dudando entre lo que de ambas partes le decían, angustiado suplicó al Señor. Por eso se escondió en una celda apartada fuera de la laura, vestido con el hábito de su sepultura como quien está por morir. Pues es costumbre entre los Padres de Egipto que la túnica con que recibieron el santo hábito y el capuchón los conserven hasta la muerte, con ellos son sepultados, y solamente los usan los domingos para la santa comunión, quitándoselos después. Cuando se encontró en la mencionada celda rogaba a Dios, insistiendo en el ayuno y postrado por tierra. Decía después que tuvo que sufrir mucho durante esos días, a causa de los demonios, especialmente en su pensamiento. Pasados cuarenta días vio a un niño que entraba donde él estaba con aspecto alegre, y le dijo: Abba Santiago, ¿qué haces aquí? Iluminado de repente y sacando fuerzas de lo que veía, dijo: Señor, tu conoces lo que me sucede. Unos me dicen: No abandones la Iglesia; otros me dicen: Te engañan los difisitas, y yo, en la duda y sin saber que hacer, he llegado a este punto. El Señor le respondió: Donde estás, estás bien. Y apenas hubo oído esta palabra se encontró ante las puertas de la santa iglesia de los ortodoxos partidarios del Concilio (de Calcedonia)”.

2. Dijo también abba Focas: “Iba una vez abba Santiago a Escete cuando fue atacado fuertemente por el demonio de la fornicación. Se encontraba próximo a caer, mas vino a mí, me contó lo que le pasaba y me dijo: Mañana iré a cierta caverna; te ruego por el Señor que no lo digas a nadie, ni siquiera a mi padre, sino cuenta cuarenta días y, cuando se hayan cumplido, haz la caridad de venir hasta mí trayendo la santa comunión. Si me encuentras muerto, entiérrame; si estoy todavía vivo, dame la santa comunión. Oí todo esto, y cuando se hubieron cumplido los cuarenta días tomé la santa comunión, llevé también pan común puro con un poco de vino, y fui hacia donde él estaba. Cuando me acercaba a la caverna, percibí un fuerte olor que salía de su boca. Dije para mí: Murió este bienaventurado. Pero al entrar lo encontré semivivo. El, apenas me vio, moviendo la mano derecha un poco, cuanto podía, me indicó por el

movimiento de la mano la santa comunión. La tengo, le dije. Quiso abrir la boca, pero estaba cerrada; pensando qué debía hacer salí al desierto, y encontré una rama de árbol. Con ella, tras mucho esfuerzo, pude abrir apenas su boca un poco. Eché del cuerpo y sangre preciosos lo que podía recibir. Recobró él las fuerzas con la recepción de la santa comunión. Poco después, empapando algunas migas de pan ordinario se las ofrecí, y después de un rato hice otra vez lo mismo, tanto cuanto podía él tomar. De esta manera, por la gracia de Dios, después de un día regresó conmigo y fue a su celda, liberado con la ayuda de Dios de la pasión dañina de la fornicación”.

ABBA FÉLIX

1. Unos hermanos, acompañados por algunos seglares, visitaron a abba Félix y le rogaron que les dijera una palabra. El anciano, empero, callaba. Después que le suplicaran mucho, les dijo: “¿Queréis oír una palabra?”. Le respondieron: “Sí, abba”. Entonces el anciano les dijo: “Ya no hay palabra. Cuando los hermanos interrogaban a los ancianos y ponían en práctica lo que les decían, Dios concedía cómo hablar. Pero ahora que preguntan y no hacen lo que oyen, retiró Dios la gracia a los ancianos y ya no encuentran nada que decir, pues no hay quien la ponga por obra”. Al oír esto, los hermanos gimieron diciendo: “Ruega por nosotros, abba”.

ABBA FILAGRIO

1. Uno de los santos, de nombre Filagrío, habitaba en el desierto de Jerusalén y trabajaba duramente para ganar su pan. Estaba una vez en la plaza para vender su mercadería, cuando alguien dejó caer un bolso con mil monedas. El anciano lo encontró y permaneció en el lugar diciendo: “El que lo perdió, debe volver”. Y este llegó, llorando. El anciano lo llamó aparte y le devolvió la bolsa. El otro lo detuvo y quiso darle una parte, pero el anciano no aceptó. Comenzó el otro a gritar: “¡Venid a ver lo que hizo el hombre de Dios!”. Mas el anciano huyó secretamente de la ciudad, para no ser ensalzado.

ABBA FORTAS

1. Dijo abba Fortas: “Si Dios quiere que yo viva, Él sabe lo que debo hacer, pero si Él no lo quiere, ¿de qué me sirve vivir?”. Estaba en el lecho, pero de nadie aceptaba cosa alguna, y decía: “Si alguien me trae una cosa, y no lo hace por Dios, yo no tengo nada para darle y tampoco recibirá el premio de Dios, pues no lo trajo por Él, y así él sufrirá una injusticia. Es preciso, en efecto, que los consagrados a Dios miren solamente hacia Él, y estén de tal manera dispuestos que no consideren que se les hace una injuria, aunque tengan que sufrir mil perjuicios”.

Letra Xi

ABBA XOMAÍ

1. Contaban acerca de abba Xomaí que, estando próximo a la muerte, dijo a sus hijos: “No viváis con herejes, no frecuentéis gente principal, no estén vuestras manos extendidas para recoger sino más bien para dar”.

ABBA QUEREMÓN

1. Decían acerca de abba Queremón de Escete que su caverna distaba cuarenta millas de la iglesia y diez millas del pantano y del agua. Y llevaba su trabajo manual a la caverna y además dos recipientes, uno frente al otro, y permanecía allí en la *hesiquía*.

Letra Psi

ABBA PSENTAISIO

1. Abba Psentaisio, abba Suros y abba Psoios decían: “Cuando oíamos las palabras de nuestro Padre, abba Pacomio, teníamos una gran ayuda, estimulando el celo por las buenas obras. Viendo que, aun cuando permanecía en silencio, hacía de sus actos un discurso, nos admirábamos y nos decíamos los unos a los otros: Pensábamos que todos los santos fueron hechos por Dios perfectos e inmutables desde el seno de su madre y no por su propio poder, y que los pecadores no pueden vivir piadosamente porque fueron hechos de esa manera. Pero ahora hemos visto la bondad de Dios manifestada en nuestro Padre, el cual, de origen pagano, se volvió tan piadoso y se ha revestido de todos los mandamientos de Dios. De este modo, también nosotros todos podemos seguirlo, igual que los santos a quienes él mismo siguió. En verdad está escrito: Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os daré el descanso (Mt 11,28). Muramos, pues, y vivamos con este hombre, porque él nos lleva rectamente hacia Dios”.

Letra Omega

ABBA OR

1. Decían acerca de abba Or y de abba Teodoro que estaban construyendo con barro una celda, y se dijeron el uno al otro: “Si Dios nos visitase ahora qué haríamos?”. Y llorando, dejaron el barro y se retiraron cada uno a su celda.

2. Decían acerca de abba Or que nunca mintió ni juró ni injurió a hombre alguno, ni habló sin tener necesidad.

3. Abba Or dijo a su discípulo Pablo: “Mira, no permitas que se introduzca en esta celda una palabra extraña”.

4. Fue una vez Pablo, el discípulo de abba Or, a comprar unos mimbres, y vio que otros se habían adelantado y habían dejado una seña. Abba Or, en efecto, jamás daba seña para lo que fuese, sino que en el momento establecido enviaba el precio y compraba. Su discípulo fue entonces a otro sitio para buscar ramas de palmera y el jardinero le dijo: “No sé quien me ha dejado una seña y no ha venido; toma tú las ramas”. Las tomó y fue adonde estaba el anciano, y le relató lo sucedido. Cuando el anciano lo oyó, golpeó las manos y dijo: “Or no trabaja este año”. Y no permitió que quedaran adentro las palmas hasta que se las llevaron de vuelta a su lugar de origen.

5. Dijo abba Or: “Si ves que tengo un pensamiento contra alguien, sabe que también él tiene el mismo pensamiento contra mí.

6. Donde vivía abba Or había un aldeano llamado Longino, el cual hacía muchas limosnas. Llegó cierta vez un Padre, y el hombre le pidió que lo llevase a ver a abba Or. El monje llegó adonde estaba el anciano y elogió al aldeano diciendo que era bueno y hacía muchas limosnas. El anciano reflexionó y dijo: “Sí, es bueno”. Comenzó entonces el monje a suplicarle: “Permítele que venga, abba, y te vea”. Y el anciano respondió: “Verdaderamente, para verme no tiene más que cruzar esta hondonada”.

7. Abba Sisoës preguntó a abba Or diciendo: “Dime una palabra”. Y le respondió: “¿Tienes confianza en mí?”. El respondió: “Sí”. Le *dijo*: “Ve, y haz lo que me has visto hacer”. Le preguntó: “¿Qué veo en ti, padre?”. El anciano le contestó: “Mi pensamiento está por debajo de todos los hombres”.

8. Decían acerca de abba Or y de abba Teodoro que pusieron buenos cimientos y siempre daban gracias a Dios.

9. Dijo abba Or: “La corona del monje es la humildad”.

10. Dijo también: “El que es honrado y alabado por encima de su mérito es muy perjudicado; pero el que no es honrado por los hombres recibirá la gloria de lo alto”.

11. Dijo también: “Cuando llega a ti el pensamiento de orgullo y de soberbia, escruta tu conciencia para ver si guardas todos los mandamientos, si amas a tus enemigos y te entristeces por su infortunio; considérate a ti mismo como un servidor inútil y el más pecador de todos. Y después de esto no vayas a enaltecerte como si hubieras obrado bien: sabe que por este pensamiento se destruye todo”.

12. Dijo también: “En cualquier tentación no te quejes de hombre alguno, sino solamente de ti, diciendo: Esto me ha sucedido a causa de mis pecados”.

13. Dijo también: “No digas en tu corazón contra tu hermano: Soy más austero y ascético; más bien sométete a la gracia de Cristo en espíritu de pobreza y de amor sincero para no caer en el espíritu de vanagloria y pierdas tus trabajos. Está escrito en efecto: Quien cree estar de pie, vea que no caiga (*1 Co 10,12*). Sé como si el Señor te hubiese preparado con sal”.

14. Dijo también: “Huye de los hombres o engaña al mundo y a los hombres haciéndote necio en muchas cosas”.

15. Dijo también: “Si has hablado mal de tu hermano y tu conciencia te molesta, ve, haz una *metanía* y di: Hablé mal de ti, y asegúrale que no lo volverás a hacer. La difamación es muerte para el alma”.

Fin de la colección alfabética

